

# *Las religiones asesinas*

**ÉLIE BARNAVI**

**EXTRACTO**

**TURNER**



Primera edición en castellano: noviembre de 2007  
Primera edición en francés: 2006  
Título original: *Les religions meurtrières*

Todos los derechos reservados.  
No está permitida la reproducción total o parcial de la obra  
ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método  
sin la autorización escrita de la editorial.

Copyright © Flammarion, 2006

Derechos reservados en lengua castellana:

D.R. © Turner Publicaciones, S.L., para España  
Rafael Calvo, 42  
28010 Madrid  
[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)  
ISBN: 978-84-7506-809-1

Diseño de la colección: Enric Satué

# ÍNDICE

Advertencia

## **Primera tesis**

“RELIGIÓN” ES UN ROMPECABEZAS

## **Segunda tesis**

TODA RELIGIÓN ES POLÍTICA

## **Tercera tesis**

EL FUNDAMENTALISMO ES UNA LECTURA  
PARTICULAR DE LA RELIGIÓN

## **Cuarta tesis**

EL FUNDAMENTALISMO REVOLUCIONARIO  
ES UNA LECTURA TOTALITARIA DE LA RELIGIÓN

## **Quinta tesis**

LAS RELIGIONES REVELADAS CONOCEN MÁS  
QUE OTRAS LA TENTACIÓN DEL FUNDAMENTALISMO  
REVOLUCIONARIO

## **Sexta tesis**

EL FUNDAMENTALISMO REVOLUCIONARIO  
CRISTIANO ES UN PARTIDO PERDIDO

## **Séptima tesis**

LA SUERTE DEL FUNDAMENTALISMO REVOLUCIONARIO  
JUDÍO HA SIDO EL ESTADO, Y TAMBIÉN SU PERDICIÓN

**Octava tesis**

EL ISLAMISMO ES HOY LA FORMA MÁS  
NOCIVA DE FUNDAMENTALISMO REVOLUCIONARIO

**Novena tesis**

EL COMBATE CONTRA EL FUNDAMENTALISMO  
REVOLUCIONARIO MUSULMÁN ES EL GRAN  
RETO DEL SIGLO XXI

**A modo de conclusión**

CONTRA EL “DIÁLOGO DE LAS CIVILIZACIONES”

*LAS RELIGIONES ASESINAS*  
ÉLIE BARNAVI

EXTRACTO

[...] el fundamentalismo revolucionario no es específicamente musulmán, aunque en nuestros días ése sea esencialmente el caso. Se trata de una actitud mental, que, según las épocas, se ha manifestado con mayor o menor vigor en todas las religiones reveladas. Para entender esta actitud, hay que recordar que los monoteísmos son religiones históricas cuya concepción del tiempo es lineal. Hubo un principio y habrá un fin. Entre ambos, un momento de revelación hizo nacer esa historia sagrada, necesariamente superior a todas las demás, o mejor, que ha de llegar ser necesariamente la de la Humanidad en su totalidad: el don de la Torá a Moisés en el monte Sinaí, el advenimiento de Cristo, la aparición del arcángel Gabriel a Mahoma. Esta concepción de la historia, que desemboca en el Juicio Final, genera una angustia personal y colectiva cuyas implicaciones políticas pueden ser temibles. ¿Qué hacer mientras se espera al Redentor, anunciador del final de los tiempos y, por lo tanto, de las miserias del hombre? A esta pregunta, casi todos los dirigentes religiosos siempre han contestado: nada, no hay que hacer nada. Esperar humildemente, llevar con paciencia el sufrimiento, tener esperanza. El Mesías vendrá cuando llegue su hora, según la voluntad de Dios, cuyos caminos, como todos sabemos, son inescrutables. Pero otros, más impacientes, no han podido esperar. El fuego sagrado que les quemaba las venas les empujaba a la acción. Es necesario, decían, allanar el camino del Redentor. Esta

actitud, que se denomina “milenarismo” en el cristianismo porque aspira a adelantar la llegada del milenio, la edad de oro de mil años que supuestamente reinará en la tierra después del Segundo Advenimiento de Cristo, ha existido y sigue existiendo, ya lo veremos, en los tres monoteísmos. De ella procede el fundamentalismo revolucionario.

Ya sé lo que va a decirme. Me reprocha usted que ignore la dimensión social del fundamentalismo revolucionario. Me dirá que, de hecho, estas pretendidas actitudes religiosas ocultan reivindicaciones que no tienen nada que ver con la religión y mucho con la pobreza, las masas de parados, la miseria, el retraso cultural, económico y social, la frustración nacional, y vaya usted a saber cuántas cosas más. No estoy ignorando ninguna de esas cosas. De sobra sé que un conflicto religioso nunca atañe exclusivamente a la religión. Esto ya se cumplía cuando se produjeron las “auténticas” guerras de religión, las que ensangrentaron la Francia del siglo XVI y que, no por haber alzado hasta enfrentarlas a dos concepciones antagónicas del cristianismo, dejaban de implicar aspectos políticos, dinásticos y sociales, nacionales e internacionales. Y esto también se cumple hoy, está claro.

Sin embargo, entonces igual que ahora, la religión no es sólo un tupido abrigo con el que se cubrirían unos intereses inconfesables. Se trata de una auténtica causa, sin la cual puede que las demás no hubiesen alcanzado para encender un conflicto de envergadura, y, de haberlo hecho, no habrían desembocado en un conflicto semejante. A lo mejor, o a lo peor, no se trata de una causa más, sino de la primera de todas, aquélla que ofrece a las demás el cimiento ideológico que de otro modo les faltaría. Pues el fundamentalismo revolucionario es un sistema en el que la religión se aplica al campo político en su conjunto, reduciendo la complejidad de la vida a un único principio explicati-

vo, violentamente excluyente con todos los demás. *Al igual que el comunismo o el fascismo de no hace tanto, funciona como una ideología totalitaria.*

\*

Cuanto más envejezco, más me convengo de que la verdadera infraestructura de las sociedades es mental –ése es el caso del Islam, o más bien de la versión cerrada, exclusivista y autocentrada del Islam que acabó por imponerse en la Edad Media. La lectura de los informes anuales del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), redactados por intelectuales árabes, es literalmente asombrosa. Por ejemplo, nos enteramos de que, en diez siglos, el mundo árabe-musulmán iha traducido menos obras extranjeras que la España de hoy en en un solo año! Censura política y religiosa, falta de curiosidad, desprecio por lo que se hace en otras partes, todo se combina para transformar a una civilización antaño brillante y dominante en un vasto gueto libremente elegido y desgajado del resto del mundo. En torno al año 1000, el árabe era la lengua científica por excelencia, hasta el punto de que el filósofo y sabio judío Maimónides decía estar persuadido de que únicamente se podía razonar en esa lengua. Hoy, prácticamente ya no se pueden enseñar las ciencias en árabe y los diplomas de las universidades del mundo musulmán no valen ni el papel en el que están impresos. Esto es lo que dice de las universidades de su país Pervez Hoodbhoy, profesor de física nuclear en la universidad Quaid-e-Azam de Islamabad, en el *Global Agenda 2006*, el boletín del último Foro de la economía mundial de Davos: “Las universidades públicas de Pakistán y, con alguna excepción las privadas, son ruinas intelectuales y sus diplomas carecen prácticamente de valor. Según el Consejo pakistaní para

la Ciencia y la Tecnología, los pakistaníes únicamente han logrado registrar ocho patentes internacionales en cincuenta y siete años”. Claro está, Pakistán sólo es un ejemplo entre otros, y no forzosamente el peor: “Es casi imposible”, prosigue el sabio pakistaní, “encontrar un nombre musulmán en las revistas científicas. La contribución de los musulmanes a la ciencia pura y aplicada, medida en términos de descubrimientos, de publicaciones y de patentes, es insignificante. La cruda realidad es que hace siglos que la ciencia y el Islam van cada uno por su lado. En resumen, la experiencia científica musulmana consiste en una edad de oro desde el siglo IX hasta el siglo XIV, a la que sigue un largo eclipse; en un modesto renacimiento en el siglo XIX; por último, en los últimos decenios del siglo XX, en un foso aparentemente infranqueable entre Islam de un lado, ciencia y modernidad del otro. Este foso, así lo parece, no deja de acrecentarse”.

¿Cómo dar cuenta del contraste ingrato entre lo que se ha sido y lo que se es? ¿Cómo explicar que antaño hemos sido constructores de un imperio, inventores de una civilización, potencia hegemónica reinante sobre pueblos de *dhimmis* (hijos de los pueblos del Libro, “protegidos” en tierras del Islam) y que ya no somos gran cosa, que no participamos en nada, que los antiguos *dhimmis* cobran caros los favores, que hasta la riqueza que Dios ha enterrado bajo nuestros pies sólo sirve para provecho de otros? Podemos buscar dentro de nosotros mismos las razones de nuestro propio declive. Se trata de un ejercicio infrecuente, difícil y doloroso, para el cual nada ha preparado a los musulmanes en el pasado, ni los anima a hacerlo en el presente. Podemos elegir en el pasado lo que conviene al presente, rechazar lo demás y entrar en igualdad de condiciones en la modernidad. Ésa es la vía elegida por los dragones, grandes o pequeños, del Extremo Oriente. Los musulmanes han elegido la peor: aferrar-

se a un pasado idealizado, arrojando sobre los demás la culpa de su desaparición. Así que, si se acusan de algo, es de haber sido infieles a ese pasado prestigioso.

El islamismo y su excrecencia revolucionaria se han desarrollado en ese mantillo de la memoria y del fracaso. Si nada ha funcionado, es porque nada nos pertenecía y porque todo nos ha venido impuesto por el extranjero. Ya es tiempo de volver a la fe de nuestros padres. Así encontraremos el camino de la grandeza y de la gloria perdidas. Como proclama la propaganda electoral de los Hermanos Musulmanes egipcios, “El Islam es la solución”.

\*

Agitadas por la vanguardia islamista, las masas musulmanas, pobres, incultas y embrutecidas por la propaganda de una prensa que acata órdenes, se acaloran a placer. El menor incidente, el pretexto más anodino, provoca manifestaciones de dimensiones monstruosas en el mejor de los casos, agresiones espantosas en el peor. En 2002, se organiza un concurso de belleza en Kaduna, en el norte de Nigeria: más de doscientos muertos. En el estado de Bauchi, también en Nigeria, a un alumno, un profesor cristiano le quita el Corán que está leyendo en clase sin permiso: veinticinco muertos. Multiplicar este tipo de ejemplos es inútil, llenan a rebosar la prensa cotidiana.

La última de estas irrupciones, sin duda la más prolija en enseñanzas, es el asunto de las caricaturas danesas. Acuérdesse: se trata de una docena de dibujos publicados por primera vez el 30 de septiembre de 2005 por el *Jyllands-Posten*, y una de ellas mostraba al Profeta llevando por turbante una bomba con una mecha encendida. Cuidadosamente orquestada, la explosión, ocu-

rrida cuatro meses después, enardeció al mundo musulmán durante semanas y provocó la muerte de decenas de personas. Las peores embestidas tuvieron lugar en Nigeria, en febrero, donde al pogromo del que fueron víctimas los cristianos en el norte de mayoría musulmana respondió un pogromo musulmán en el sur de mayoría cristiana. Como suele ocurrir, el conflicto religioso se remachó con un enfrentamiento étnico: ibos cristianos del sur, que en elevado número mantienen viva la esperanza de un Biafra independiente, contra *hausas* musulmanes del norte.

Las reacciones de los gobiernos de Occidente, considerado colectivamente como responsable de la afrenta, estuvo en consonancia con lo que cabía esperar. ¿Recuerda usted el caso de Salman Rushdie, ese escritor británico de origen indio condenado a muerte por una *fatua* de Jomeini por haber escrito *Los versos satánicos*? Hoy igual que ayer, hubo un concierto de balbuceos en el que una vaga apología de la libertad de opinión se mezcló con juicios críticos sobre la supuesta calidad mediocre de las caricaturas en cuestión y unas protestas azoradas en favor del respeto debido a la fe herida de los musulmanes. Por aquel entonces, Jacques Chirac trató públicamente al escritor de “cuentista” y Margaret Thatcher se conformó con pagarle escoltas personales. Hoy hemos dejado que los daneses se las arreglen solos con sus consulados incendiados y el boicot sobre sus productos...

La reacción de los dirigentes musulmanes tampoco fue una sorpresa. Hubieran podido apoyarse en la fracción ilustrada de sus opiniones públicas; a fin de cuentas, el Islam no es un bloque, como no lo es ningún otro sistema de creencias. ¿Sabía usted que once periodistas publicaron en cinco países musulmanes las famosas caricaturas danesas? Lo hicieron para condenarlas, no cabe duda, pero también para informar a sus conciudadanos, para sublevarse con-

tra la manera en que el mundo musulmán reaccionó y provocar el debate. Había que ser más valiente que en Copenhague: se encontraron detrás de los barrotes por blasfemos. El más eminente, el periodista jordano Jihad Momani, escribió en su periódico, *Shihan*: “¿Qué es lo que más perjudica al Islam, estas caricaturas, o la imagen de un secuestrador degollando a su víctima delante de las cámaras, o la de un kamikaze que explota en medio de una ceremonia nupcial?”. Y aun otro, el yemenita Muhamad Al-Asadi: “Los musulmanes tenían ahora la oportunidad de instruir al mundo sobre los méritos del Profeta y el mensaje de paz que trajo. [Pero] los musulmanes tienen más pericia en desperdiciar oportunidades que en explotarlas”. Los Gobiernos los ignoraron. Prefirieron aullar con los lobos, haciendo como que no entendían que el Gobierno danés no tenía nada que ver y que nada podía hacer. Se trataba de demostrar, una vez más, que eran buenos musulmanes y los genuinos defensores de la verdadera fe. ¿Convencieron de ello a un solo islamista? Tenemos razones para dudarlo.

Resumamos, pues: el Estado musulmán ha tratado de subir a lomos del tigre. Y el tigre está devorándole las entrañas.